



**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Relecturas

Introducción

Griselda Isabel Sotelo

Universidad de Buenos Aires

Si el centenario de la Revolución de Mayo se caracterizó por sus fastuosos festejos y todo lo que con ello se buscaba representar —la pujanza y consolidación de una joven nación de futuro promisorio—, pocos años después, el aniversario de la independencia pasaba casi desapercibido.

1916 representa un parteaguas: los cien años de la declaración de la independencia coincidían con el fin de un régimen político oligárquico, de escasísima representación política, que en un error de cálculos al intentar legitimarse, allanó el camino al acceso del radicalismo al gobierno.

Los años que rodean el centenario son también los de la conformación de un incipiente campo historiográfico que culminaría con la emergencia de la denominada Nueva Escuela Histórica, y donde destacan tres grandes preocupaciones, todas ellas relacionadas directamente con el fenómeno inmigratorio: la cuestión social, la cuestión política, y la cuestión nacional. Es en este contexto, y especialmente en relación a éste último ítem, que se yerguen los principales ensayos históricos de Ricardo Rojas, y el *por* y el *para* de toda su obra.

Rojas, quien rescató a los pueblos del interior (y el rol fundamental de sus cabildos, reconciliando la herencia hispánica en esta operación) como verdaderos hacedores de la revolución y la independencia, nació en Tucumán en 1882 y creció en Santiago del Estero. Se

trasladó posteriormente a Buenos Aires, donde se dedicó a la literatura y el periodismo, y donde conoció a un joven Roberto F. Giusti en las tertulias del café “la Brasileña”, punto de encuentro de periodistas y escritores.

La reseña que presentamos a continuación, escrita por Giusti y publicada en la fundamental revista cultural *Nosotros* —de la cual fue fundador y director en sus dos etapas (1907-1934 y 1936-1943)—, podría tal vez dar una impresión equivocada. Giusti fue un crítico acérrimo del esencialismo espiritualista que Rojas desplegó en *La Argentinidad* (1916), y en general de toda su obra. Y si bien expone el teleologicismo telúrico presente en sus trabajos, de los que muchas veces destaca no son historia (en cuanto no se respetan las reglas metódicas de la disciplina), nunca deja de reconocerle una gran virtud: su autenticidad.

Es que Rojas y Giusti mantuvieron hasta la muerte del primero una afectuosa relación de colegas y amigos. Además de compartir tertulias, Rojas fue desde el inicio un gran apoyo y consejero para *Nosotros*, donde publicó su primera colaboración en 1908. Además, Rojas y Giusti fueron docentes en el Colegio Nacional Manuel Belgrano durante muchos años. Fue allí donde este último dio una muestra cabal de su aprecio por el autor de *La Argentinidad*. Rojas, que se había convertido al yrigoyenismo tardíamente, fue confinado en 1934 a la prisión de Ushuaia por sus actividades políticas en el radicalismo. Y frente a la disposición del Ministerio de Instrucción Pública de destituirlo de sus cátedras, Giusti intercedió ante las autoridades para impedirlo, lo que finalmente consiguió.

En un bello texto retrospectivo sobre su relación con Rojas, Giusti rescata que aun cuando muchas cosas los separaban, como sus posiciones políticas, siendo él un militante socialista, y opositor a la figura de Hipólito Yrigoyen, supo comprender qué fibras tocaba el radicalismo en Rojas¹, y también el pavor que sintió ante la tiranía de José Félix Uriburu y la restauración conservadora y fraudulenta de Agustín P. Justo.

1 “Debió de ser a fines de 1927 cuando en una de nuestras matinales pláticas él me disparó a boca de jarro una pregunta que en el momento me sorprendió en sus labios: ‘¿Qué piensa usted de este fervor popular por Irigoyen?’ procuré darle mis explicaciones políticas y de psicología social. ‘No, me dijo el, sentencioso, no es eso: el fenómeno es puramente religioso’. Comprendí enseguida, conociendo su idiosincrasia espiritual, que el misticismo de las masas había hecho presa también en él”. Giusti, Roberto: “Semblanza intelectual y moral de Ricardo Rojas”, *Revista Iberoamericana*, Vol XXIII, No. 45, enero-junio 1958, p. 243.

Así, diferencias de origen —nacido en Italia, Giusti había llegado de pequeño al país— y de temperamento —racionalista y analítico, frente al espiritualismo y sensibilidad de un Rojas muy proclive a la exaltación casi mítico religiosa— juegan, como notará el lector, un rol crucial en la crítica de Giusti a *La argentinidad* que aquí presentamos. Pero también la comprensión, camaradería y rescate de una intervención que aún no compartida plenamente, destaca por sus valores positivos, fundamentalmente democráticos. Es así que Giusti enfatiza en aquella semblanza que Rojas, a pesar de todas las críticas que pudieran hacerse, habría construido una tradición democrática de la nacionalidad argentina que contrasta con las opciones del nacionalismo de derecha que emergería con fuerza en años posteriores: “Parece obvio notar que el argentinismo de Rojas y la filosofía de la nacionalidad que sobre ese sentimiento él levantó en varios de sus libros [...] no tienen afinidad alguna con el nacionalismo cerril, agresivamente xenófobo hasta llegar a la persecución racial y al crimen públicamente aconsejado y en ocasiones cumplido. Aquel entroncó en nobles mitos poéticos, en la historia, las leyendas y el arte de América, en la conjunción, soñada en un plano superior, de la cultura occidental y la indígena americana y tuvo diversa expresión en la lírica y el ensayo del utopista de *Eurindia*, en sus estudios críticos e históricos, biografías, meditaciones estéticas y teatro”².

2 Ibid., pp. 242-243.